

45 PESOS

JULIO-AGOSTO 2003

CASA DEL

TIEMPO

VOL. V ÉPOCA III NÚMEROS 54-55

Los cibercafés: espacios culturales-educativos para las nuevas generaciones

Ángel Torres Velandia

Soto y Gama, agrarista

Pedro Castro

Los peces

Vladimiro Rivas Iturralde

Primera oda. Las musas

Paul Claudel

Carlos Vidal:

la arena de los patios

Miguel Fernández-Cid

Antonio Ramos Rosa

en la poesía portuguesa

Miguel Ángel Flores

Las influencias alemanas de Juan García Ponce

Eve Gil

La diplomacia mexicana durante la segunda guerra mundial

Gilberto Bosques

Vértigo en sol

Jenny Asse Chayo

Trazos

Salvador Flores

Dibujos

Carlos Vidal



Casa abierta al tiempo

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA METROPOLITANA



Ilustración de la revista Casa del Tiempo,
UAM. No. 54-55 julio-agosto. México,
D.F., México. 2003.

Semblanza de Antonio Díaz Soto y Gama

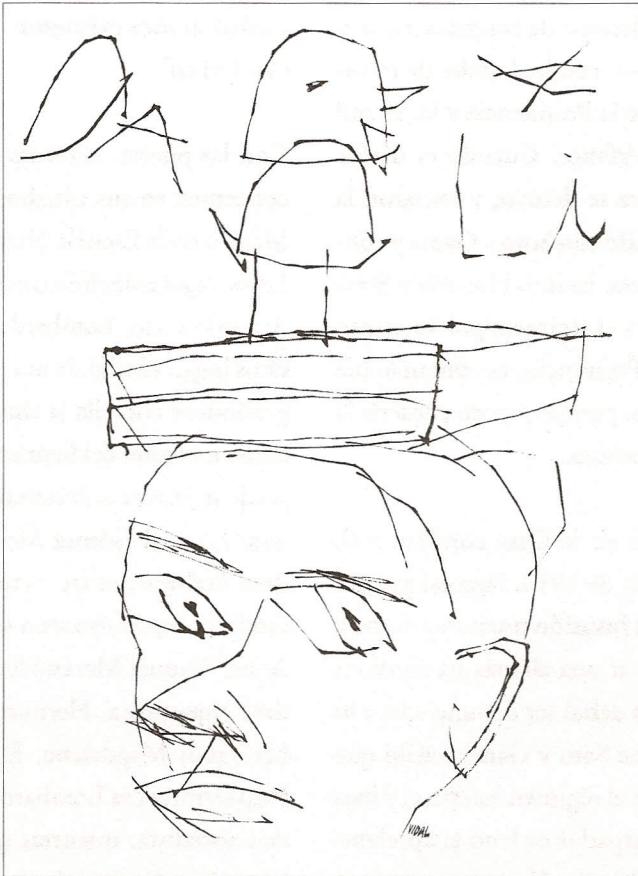
Nació en San Luis Potosí el 23 de enero de 1880, en el seno de una familia de clase media ilustrada, de tendencias liberales opuestas al régimen. Desde sus primeros años se familiarizó con los libros históricos y la oratoria, distinguiéndose por su asombrosa precocidad. Influido por lecturas de héroes, particularmente las del historiador Olavarría y Ferrari, pronto se manifestó identificado con figuras como la de José María Morelos, a quien siempre consideró “el más grande hombre que ha tenido México”. Recién comenzados sus estudios de derecho en el Instituto Científico y Literario de San Luis Potosí, Díaz Soto y Gama fundó el Club Político Chichimeca, al que pertenecieron familiares y amigos. A los diecinueve años ingresó en el anticlerical y jacobino Club Liberal Ponciano Arriaga, de su ciudad de origen, al lado de los hermanos Flores Magón, Juan Sarabia, Camilo Arriaga y otros. Esta organización tuvo un éxito notable, porque fue el detonador de una veintena de clubes similares a lo largo del país, en el Distrito Federal, Cananea, Pachuca, Guanajuato, Zacatecas, Veracruz, Puebla y Tlaxcala. En su momento, ellos decidieron unirse para celebrar el primer Congreso Liberal Mexicano en 1901, que en estricta justicia puede considerarse el punto de arranque de la oposición más organizada contra el sistema porfiriano. Por entonces terminaba su carrera profesional, aunque sus actividades antigubernamentales le impidieron ejercer su profesión en su ciudad natal. Convertido en activista de tiempo completo, pronto conocería la cárcel en San Luis Potosí, Zacatecas y el Distrito Federal.

En 1903 se exilió en los Estados Unidos, donde impartió pláticas sobre la situación política de México en poblados texanos, y escribió en *La Reforma Social*, periódico publicado en El Paso por el maestro Lauro Aguirre. Pronto coincidió con sus correligionarios Sarabia y los Flores Magón, con quienes animaría a través de sus columnas incendiarias los periódicos capitalinos *Vésper* y *El Colmillo Público*. A su re-

greso al país, ellos se pusieron al frente de los legendarios *Regeneración* y *Diario del Hogar*. En lo que toca a Soto y Gama, asumió el compromiso con el general Díaz de que no participaría en la política —a cambio de su permiso para volver—, y en cumplimiento de la palabra empeñada se mantuvo al margen de toda labor pública desde 1903 hasta 1911, una vez que el dictador fue derrocado.¹ Mientras tanto, trabajó como notario del Partido Judicial de Tacubaya, cargo que mantendría hasta 1913. Regresó a la lucha política como crítico cada vez más severo de Madero. Le criticó sus compromisos en los Tratados de Ciudad Juárez, que consistieron en dejar intocados el ejército federal, la Suprema Corte de Justicia, el Congreso, las gubernaturas de origen porfiriano, y desde luego su respaldo al presidente provisional León de la Barra. En opinión de Soto y Gama, esta actitud de Madero hacia el antiguo régimen resultó un verdadero suicidio y el fin de los proyectos de cambio económico y social concitados por la revolución. Esta funesta contemporización ocasionó que maderistas desencantados se sublevaran en diferentes partes del país, muy

notablemente en el sur y la zona oriental, como lo hizo el general Emiliano Zapata. Soto y Gama, por ese entonces, defendía la causa de los obreros y campesinos desde una posición radical. Sin ser miembro de la XXVI legislatura, participó al lado de la “extrema izquierda” —entre los que se encontraban Juan Sarabia y Luis Cabrera— con un proyecto de reivindicación agraria, que no llegó lejos debido a su disolución por el dictador Huerta después del golpe contra Madero.

Es en esta época cuando Soto y Gama abrazó el anarcosindicalismo, instruido por las lecturas de Kropotkin, Bakunin, Reclus, Malato y Dagan. Su mentor fue el pintoresco anarquista catalán Francisco Moncaleano, quien le lanzó a la aventura de la organización “libertaria” de los obreros del Distrito Federal, y “de los agrupamientos espiritistas, [así



Valle Nacional, la península de Yucatán, y la monopolización de la tierra, “especialmente por los yanquis”.⁸ Y ya en el programa revolucionario del Partido Liberal Mexicano (PLM), fechado el 1º de julio de 1906, se hizo una nueva referencia a las demandas del campesinado respecto a las tierras no cultivadas y los terrenos nacionales, las robadas por los favoritos y de los ejidos afectados por la expansión de las haciendas.⁹ Aunque puede suponerse que Soto y Gama pudo haber simpatizado con este pronunciamiento, en realidad estaba retirado de toda actividad política para ese momento, pues desde 1904 a 1910 se limitaba a mantener contactos epistolares y personales con el PLM, para entonces el ala radical de los liberales mexicanos a partir de la matriz potosina. Sería solamente hasta mayo de 1911, por las razones que se apuntaron en otra parte de este trabajo, cuando Soto y Gama volvió a las lides políticas, por lo que estuvo ausente durante los preparativos y el estallamiento de la revolución maderista.



Su regreso se dio con la aceptación a la candidatura de San Luis Potosí, y al inicio de su campaña, dio a conocer un Manifiesto al Pueblo Potosino, donde prometió, entre otras cosas, “dedicar especial atención en lo que se refiere al reparto de tierras... dando preferencia a los trabajadores del campo y a la subsistencia de los campesinos”, y prometió “devolver a los indígenas los terrenos y aguas de que hayan sido despojados”.¹⁰ A la postre, declinó su candidatura en favor del doctor Rafael Cepeda. En esta etapa de su vida política tres cosas quedaban en claro: su “moderación” frente a las posturas y acciones del PLM (embarcado fallidamente en la invasión de la Baja California), una actitud de creciente reserva ante la naturaleza y el futuro del régimen maderista y un acercamiento más decidido a la causa agraria, con la bandera del zapatismo. El periódico *Diario del Hogar*, órgano del moderado Partido Liberal, en el que era notable la influencia de Soto y Gama, publicaba en diciembre de 1911 el Plan de Ayala de principio a fin, un mes después de haber reconocido la legitimidad de la lucha de Zapata: “no hay zapatismo sino problema agrario”.¹¹ No obstante, estaba en desacuerdo en su rebelión contra Madero, y también contra las persecuciones en contra de los zapatistas en Morelos, esto último un reflejo de los condenables compromisos del jefe de la revolución con la oligarquía porfiriana.

El PLM pasaría al bando de los decepcionados de la revolución frente al inadmisible “evolucionismo” de Madero. Antes de que concluyera 1911, el 23 de diciembre, este partido dirigió una “Excitativa al presidente Madero”, en la que criticaba en tono severo y retador las contemplaciones y alianzas con el porfirismo. La respuesta no se hizo esperar. El presidente, entre otras cosas, negó las acusaciones y expresó su satisfacción con su consejo de ministros, donde se incluían hombres del antiguo régimen. Con la razón de su parte, señaló que los revolucionarios no podían ocupar todos los puestos en el gobierno y que el remplazo de los servidores públicos, “muchos de los cuales habían trabajado honestamente bajo el régimen de Díaz, sería injusto para un gran número de personas trabajadoras e inocentes”. Recriminó a los liberales que el *Diario del Hogar* apoyara la revuelta de Zapata y fuera parte de la prensa “alarmista”, causa “de la in tranquilidad de las conciencias”.¹²

cuando se dio cuenta de que nada más él estaba acompañado por mujer, es decir por Kati-Koto; con unos buenos tratos de por medio, decidió activar a sus muñecas para que sus amigos se divirtieran. El festejo los llevó hasta el amanecer, en parejas desperdigadas por las habitaciones. La única que se inquietó con el festín, donde hubo hasta virus alucinógenos, fue la asiática, pues su marido la había programado para que fuera esposa conservadora, como la mamá



de él. En medio de la cruda y disgustada porque sí, tomó con fuerza a Kati-Koto y, sin apagarla, le puso dos ultra-microchips en el cerebelo, los cuales le desatarían la liberalidad. Kati-Koto hasta comentó que la pelirroja hacía buena pareja con Krasny, los dos de cabello rojizo; se veían incesuosamente armónicos. Roma eligió una morenita, lo opuesto a su muñeca Wendy; en un punto de la noche, Roma tuvo la fantasía de poner un departamento con varias amantes, como Barbarroja, y se extravió en la elecro-robótica vagina de su trigueña.

Cuando, por la mañana, la asiática repartía tazas de café, en un ataque de liberalidad comentó que, según lo que había visto la noche anterior, ya sabía la razón por la que Wendy adoraba a Roma. Todos rieron, menos Roma, hombre orgulloso de su habilidad técnica legal, aunque estuviera

en contacto con esta banda tan marrullera. Roma tenía una oscura debilidad por lo turbio; pensó en crear el modelo XR-27 andrógino, especie de ángel demoniaco con ambos sexos.

Luego de esa reunión vinieron otras con diversas personas. Al ver que sus reventones tuvieron tanto éxito, Barbarroja rentó una casa en una zona de moda y allí se llevó a las siete muñecas; Roma le vendió cinco más para completar la docena. La primera fiesta en aquella casa fue gratuita, pero las siguientes los parroquianos tenían que comprar tickets. Pidió apoyo al viejo grupo de marrulleros para ampliarse. Pronto instalaron otras casas más, pero con aspecto de bar, pues las organizaciones conservadoras seguían viendo la desintegración de la familia. Un día, dejaron de ser clandestinos y registraron la empresa de juegos de relajación Vanidades Robóticas. A sus casas se les empezó a conocer por las siglas de la organización; la gente dice vamos a un VR. Los virus alucinógenos llegaban en

un círculo muy reducido de los VR; hay científicos que no están seguros de si resultan malignos para el hombre.

Barbarroja formó un equipo que trabajaba en la coordinación electrónica y telecomunicativa de las casas. El equipo de motos de tres ruedas, al mando de jóvenes propensos al peligro, rondaba los VR para acallar cualquier problema; vestían overol negro; en la espalda de los motociclistas se dibujaba la silueta de una mujer con el aspecto de las viejas actrices. Hay personas que los ven con gusto y otras con enojo. En una de las rondas encontraron que en una casa se había dado una balacera con metralletas y que habían muerto varios tipos; algunas muñecas quedaron inservibles. Un juez está por dictaminar si se cancela la autorización de Vanidades Robóticas para operar. Kati-Koto le rezó a la virgen para que el negocio del marido no se derrumbe. •

ferimiento, rémora de la lengua enclavada en la mudez ondulante de los siglos perdidos. Miseria del Verbo. Esterilidad de la página mortal.

Contracción de la luz desolada en el abismo inefable. Voz: simiente del Edén: se oculta, se retira ignota en los arcanos,

inspirarlo, gemir la creación, escupir un ojo, una chispa de luz en el ojo. La palabra alimenta la palabra, el Verbo se narra, nombre por nombre los seres se yerguen, alcanzan el firmamento y lo pierden. Espíritu de precipicio, ocaso, declinación y aún así, te dispones a no morir, a deleitarte en la agonía: tránsito hacia la eternidad.



se desvive, se desencarna, se resta de la creación desapareciéndola; suprime, al anularse, el tiempo, detiene el discurrir de los instantes creadores, palabra por palabra mueren los minutos. Involución. El conocimiento: sed inoportuna, velado en la muerte del canto. Expiración, salida del aire que animaba el cuerpo. Aliento, viento de boca a boca, inspiración perdida, suspiro invisible de la llama, sólo un leve movimiento, sutil engarce. Verbo del alma: respirar a Dios,

Animal crepuscular, palimpsesto de los dioses, íntima pregunta que se narra en los confines; espíritu de fuego tras el camino inescrutable, grabas sendas de tinta en las que andarás sin descanso. Te viertes. Asciendes eslabón por eslabón al templo de tu frente. Y ahí, en la cumbre de tu peregrinaje llevas a cabo el sacrificio.

Te ofrendas a la nada que te invoca. Naces poeta y callas. Callas el mundo que habrás de salvar, no nombras el amor, callas la muerte, ese trozo de silencio que traes entre los dientes; tu dolorosa espina; amordazas el corazón mudo de los hombres. Callas hasta que el pacto se cumpla.

El tiempo delira despacio, se ensancha tu locura, cuidas la niebla de tus ojos, atraviesas la historia, escuchas el secreto, edificas los muros de la llama. Engendras hálitos, leves emanaciones del descuido, ola tras ola el mundo rompe en tus piernas, rítmico te esbozas, sonoridad apenas del latido, rumor de la sangre, advertencia del fragor que estalla en el muro. En las sílabas escuchas el soplo de tu nombre, habitas el desierto de tu nombre. El pacto se cumple: emerges de la costilla del tiempo, traspasas las alas de la sombra, inseminas al verso, en la batalla eres futuro y espiga, puerta y destino. Muerdes el fruto inútil, penetras la cáscara del aura, te sientas en las rodillas de la noche, y contemplas: himno mineral, cadena de puertos luminosos visión plena de la tiniebla.

Poeta, resplandor oculto, creces en los hombros de la muerte, hondo respiras la luz, sonoridad transparente del polvo, río de nombres engarzados en el tiempo, árido reflejo del destino, mueca del pensamiento.

Como se mencionó ya, Ramos Rosa nació en Faro, en el Algarve, pero la mayor parte de su vida ha residido en Lisboa, donde además de cumplir con su vocación poética desarrolló una intensa labor como crítico y ensayista, misma que ejerció sin pausa en las páginas de *Árvore*, *Cassiopeia* y *Cadernos do Meio-Dia*, en la década de los cincuenta. También las revistas más consolidadas de esa época (*Seara Nova*, *Vértice*, *Cadernos de Poesia*) publicaron con frecuencia colaboraciones suyas. Sin embargo, fue a principios de los años cincuenta cuando apareció su primer libro: *O Grito Claro* (1950). Una década después, este mismo texto, junto con otros poemas posteriores, conformarían el volumen *Viagem através duma Nebulosa* (1960), manifestación de su talento indiscutible y que haría de Ramos Rosa una de las voces más contundentes de la poesía portuguesa contemporánea.

Para Adolfo Casais Monteiro, el exégeta más destacado de Fernando Pessoa, era claro que la poesía de Antonio Ramos Rosa descendía del surrealismo; pero se había forjado, en gran parte, no tanto en el neorrealismo como en un espacio

afín a éste. Ramos Rosa llamó de inmediato la atención de la crítica pues aportaba una nueva orientación a la poesía en su búsqueda de un lenguaje depurado, que elegía las palabras más sencillas para escribir versos sin rebuscamiento: el poema debía construirse con la interminable palabra en el centro de un interminable silencio. Palabra y silencio: un binomio que iba a vertebrar el sistema poético de Ramos Rosa.

El gran novelista Virgilio Ferreira, en el postfacio al cuarto libro del poeta, *Sobre o Rosto da Terra* (1961) se refirió a "su aridez fecunda, a su claridad". Para Ferreira, la de Ramos Rosa era "la voz de una presencia en los límites de un mundo estricto". La poesía en él iba a la búsqueda de una elementalidad que trascendiera la anécdota de las palabras: los poemas fueron escritos cada vez más con mayor depuración verbal, con imágenes que desdeñaban las complejidades en la metáfora. Los poemas en sus referentes empezaron a conformar ciclos, como lo señaló en su momento Ernesto Prado Coelho: el del espacio, el del cuerpo, el de las piedras, el de la mirada, el del silencio. El aspecto fundamental de su es-



Pequeño, regordete, con barba y pelo que comenzaban a encanecer, Luis Rubio solía llevar una bolsa de piel muy ad hoc en esa segunda mitad de los setenta. Mariconera, le llamaban algunos; vaspapú (vas-pa-puto-que-vuelas), le decían otros. Pese a la mala fama que conllevaba traer aquella bolsa, él la exhibía con orgullo. Con su bolsita en mano lo retraté, cuando a principios de los ochenta compré una pequeña Nikon con la que le disparé a varios de mis amigos de entonces.

*

Primero los chilenos, más tarde los argentinos y luego los uruguayos. Miles de ellos llegaron a México huyendo de los golpes de Estado en sus respectivos países. Tenían fama, ganada a pulso, de transas. En nuestro país es facilísimo que un extranjero se haga pasar como la última coca-cola en el desierto. En especial si es mujer, y sobre todo si es guapa. Y les creemos. Así que la UNAM y otras universidades públicas y algunas privadas se llenaron de conosureños. Lo mismo que muchas oficinas gubernamentales.

Pero hay que ser justos. Los conosureños le enseñaron a la izquierda que se puede vivir sin trabajar. O que se puede trabajar para el gobierno, incluso en puestos altos, y luchar contra él. No es que en México no se hiciera. Se realizaba de manera intuitiva. Pero había una especie de cruda moral. Un prurito. Nuestros camaradas del sur llegaron a terminar con el mito: hay que luchar, pero eso no significa que no se pueda vivir bien. No hay contradicción en ambas cosas.

*

Pese a su calidad de argentino, Rubio era hasta humilde. Casi nadie de sus alumnos y menos sus compañeros profesores sabía que tocaba estupendamente el piano, y que incluso daba clases de ese instrumento. Tampoco hablaba de los motivos de su exilio: qué había hecho, por qué lo habían encarcelado, con quién militaba.

Para otros de sus coterráneos era motivo de orgullo contar su paso por las organizaciones de izquierda, desde la Unidad Popular, Tupamaros y Montoneros, según la nacionalidad. Esos eran sus galones. Y nos los restregaban en la jeta. Luis, en cambio, no mencionaba más que lo indispensable, que era nada. En eso era humilde, como en otras cosas.

Aunque no dejaba de señalar al mexicano como un pueblo cercano a la barbarie. Él, que vivía entonces en la Unidad Tlatelolco —no en Villa Olímpica, como era el estereoti-

